

LA CUNA DEL MESÍAS

Poema dramático sacro-lírico

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

Eduardo Sainz Noguera



ADMINISTRACIÓN

CALLE DE RUZAFA, NÚM. 47

VALENCIA



La Cuna del Mesías

POEMA DRAMÁTICO SACRO-LÍRICO

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

Eduardo Sainz Noguera



ADMINISTRACIÓN

CALLE DE RUZAFA, NÚM. 47

VALENCIA

ADVERTENCIAS

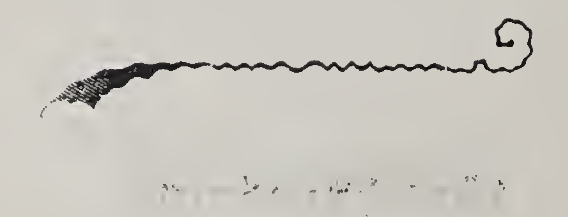
Á fin de simplificar la ejecución de esta obra en los teatros donde no se disponga de aparato, á continuación insertamos las combinaciones que pueden hacerse con el decorado:

El telón de selva, que se presenta en todos los actos, puede colocarse en tercera caja y ser siempre el mismo.

La decoración de valle, en que se representa el cuadro de los pastores, puede servir para Infierno con solo modificar algunas rocas, así como puede aprovecharse para la vista del portal de Betlehem con sólo formar éste delante de dicho telón.

El átrio del templo se representará por un telón, así como el palacio de Herodes.

Los bastidores de primero y segundo término pueden representar cortinajes rojos y azules respectivamente, cuya combinación dice bien con toda decoración, y sólo los de tercer término deberán ser de bosque ó nubes, por colocarse aquellos telones en último término.



VALENCIA. - Imprenta de Pau, Torrijos y Compañía, Cuarte, 25

Al Reverendo Señor

D. JOSÉ LÓPEZ TORRAS

dedica este pequeño trabajo literario en prueba de la amistad y deferencia que le profesa su verdadero amigo

El Autor

PERSONAJES

LA VIRGEN MARÍA.
REBECA. } Pastoras.
ESTHER. }
SAN JOSÉ.
ISAAC, anciano pastor.
SAMUEL. } Pastores.
RUBÉN. }
SIQUEM. (Hombre del pueblo.)
HERODES. } Reyes.
MELCHOR. }
GASPAR. }
BALTASAR. }
SATANÁS.
BELCEBÚ.
ANGEL MIGUEL. } Prefiéranse actrices para estos papeles.
ANGEL GABRIEL. }
UN CENTURION.
UN MESONERO.

Pastores, pastoras, doncellas, ángeles, diablos, servidumbre de los Reyes Magos, soldados y hombres del pueblo.

NOTA. Como algunos de los personajes sólo toman parte en determinados actos, puede un mismo actor representar dos papeles. Pueden suprimirse algunos coros, según se verá en el texto.



ACTO PRIMERO

El Ángel y el Diablo

CUADRO PRIMERO

Selva en tercera caja. Donde mejor convenga un arbusto que se abrirá á su tiempo. Al lado opuesto la entrada de una cabaña. Delante de ésta unas pieles, sobre las que aparece Samuel, dormido. Al levantarse el telón se oye un coro interior que se aproxima. Es de noche, pero va amaneciendo.

ESCENA PRIMERA

SAMUEL *(dormido), luego* REBECA *y* ESTHER, *que salen de la cabaña.*

MÚSICA

CORO (Dentro.) Con mil amores,
vamos, pastores,
porque en el Templo
nos llaman ya;
que una Doncella
muy pura y bella
por ley divina
se ha de casar.

HABLADO

REBECA. ¿Qué será esa bulla, Esther?
¿No escuchaste?

ESTHER. Sí, Rebeca.

Son los pastores del valle,
que al son de sus panderetas
celebran algún suceso.

REBECA. Será suceso de fuerza
para que antes de la aurora
festejen de esa manera.

ESTHER. Oigo la voz de Rubén.

REBECA. Yo la de Isaac.

ESTHER. ¡Ay qué gresca,
qué algazara...! ¡Creo que vienen!

REBECA. Por aquel lado se acercan.

(Isaac, Rubén y un grupo de pastores y pastoras cruzan la escena, repitiendo el coro anterior, con rabeles y panderos.)

REBECA. Yo voy á ver dónde van.

ESTHER. Sigamos... ¡Viva la fiesta! (Vánse)

ESCENA II

SAMUEL, *despertándose perezosamente, después de unos momentos.*

Pues estaba bien dormido
y no sé si habré soñado.
Mas juraría que he oído
cantos, algazara y ruído
que cerca de mí han pasado.
Á ver... No se escucha nada.
Sí, sí, no hay más, soñaría.
Y está la noche avanzada.
Aunque sin colchón ni almohada
¡qué bien allí se dormía!
¡Pícaros gritos que oí,
aún zumban en mi cabeza!
Volveré á dormir... así...
¡Qué bien estaba yo aquí...!
¡Qué cómoda es la pereza...! (Se acuesta de nuevo.)

ESCENA III

SAMUEL. BELCEBÚ *disfrazado.*

BELCEBÚ. Duerme el pastor muy tranquilo
sin sospechar mi presencia;

mas yo sabré con mi ciencia
ponerle el alma en un hilo.
(Se acerca á Samuel y le sacude.)
Despierta mortal.

SAMUEL. ¿Quién va
á estas horas?

BELCEBÚ. Alza presto.
¡Mil rayos!

SAMUEL. (Soñoliento.) ¡Ay! ¿quién será?

BELCEBÚ. Despierta, te he dicho ya,
sin excusa ni pretexto.

SAMUEL. ¿Y si yo digo que no?

BELCEBU. Oye, ó te arrepentirás.

SAMUEL. ¿Qué es eso? ¿Me amenazó?
Pues no oigo... ¡Bueno soy yo!

BELCEBÚ. Pues te hará oir Satanás.

SAMUEL. (Levantándose asustado.) ¡Cielo santo! ¡Dios eterno!

BELCEBU. No temas, seré tu amigo
si me prestas un abrigo
contra el frío del invierno.

SAMUEL. Si quieres, mi cama es esa
y te doy cuanto poseo.

BELCEBU. Está bien.

SAMUEL. (¡Pero qué feo!
Parece un perro de presa.)

BELCEBU. ¿Tú me conoces?

SAMUEL. No, á fe.

BELCEBÚ. Pronto me conocerás,
y en breve te asombrarás
de los prodigios que haré.
Aquí, donde tú me ves,
pobre, errante y fugitivo,
todo el mundo es mi cautivo.
Puedo volverle al revés.
¿Te ríes?... Tu mal repara.

SAMUEL. (Es tonto.) (Aparte.)

BELCEBU. ¿Qué has de objetar?

SAMUEL. Que si lo quieres cambiar
has de empezar por tu cara.

BELCEBU. ¡Infeliz!... Puedo yo hacer
en los inviernos severos
montes, valles y senderos
al punto reverdecer.

SAMUEL. ¿Y me pediste un abrigo
contra el frío? No te creo.

BELCEBU. Creerás.

SAMUEL. Creo lo que veo.

BELCEBU. Pues verás cuanto te digo.

SAMUEL. Perdona; sólo de tí
deseo que en paz me dejes
y que al momento te alejes
largo, muy largo de aquí.

BELCEBU. Me iré; mas cuando cumplida
deje aquí una gran misión.
Me debes el corazón,
el alma y también la vida.

SAMUEL. Echa, echa por esa boca.
¿Conque nada más te debo?
¡Ja, ja, ja!...

BELCEBU. Mira, mancebo,
que tu arrogancia es muy loca.
Mira que no me conoces
y que te pierdes discurro.

SAMUEL. Si no te vas, traigo el burro
á que te dé un par de coces.

BELCEBU. El burro... manso animal
que está en fiera convertido.
Helo aquí.

(Donde mejor convenga aparece la cabeza de un dragón. Puede aparecer en lo alto del escenario si se quiere.)

SAMUEL. ¡Yo estoy dormido!
¿Yo sueño? (Horrorizado.)

BELCEBÚ. Labras tu mal.

SAMUEL. ¡Ay mi burro!

BELCEBÚ. ¿Vas creyendo?

SAMUEL. ¡Rebeca, Rubén, Agar!... (Llamando.)

BELCEBÚ. Mucho más te han de asombrar
las cosas que vayas viendo.
Con que debes decidir
si mi amigo quieres ser;
pues yo puedo conceder
cuanto tú quieras pedir.
Yo palacios, yo jardines,
fortuna, grandes riquezas
y halagadoras bellezas
de mundanos querubines.
Yo, que los aires penetro;
yo, que sujeto á mi ley,
desde el verdugo hasta el rey,
desde la cuchilla al cetro.
Yo, al pobre puedo trocar

en magnate poderoso,
al infeliz en dichoso,
y al soberbio avasallar.
Soy dueño de los placeres,
el mundo acata mi esencia.
Los hombres me piden ciencia
y belleza las mujeres.
Y todo el orbe, contento,
entre festejos me aclama,
y por doquier se me llama
y se pide á mí talento.
También debes pedir tú,
pues tengo mágicas llaves.

SAMUEL. ¿Quién eres que tanto sabes?

BELCEBÚ. Mírame, soy Belcebú. (Quítase el disfraz.)

SAMUEL. ¡Aparta de mi presencia!
¡Vil perverso!...

BELCEBÚ. Tú has de huir
y doquier te ha de seguir
tu burro.

SAMUEL. ¡Piedad!... ¡Clemencia!
¡Ay, que me mira!... ¿Dónde huyo?
¡Socorro!... ¡auxilio!... ¡favor!

BELCEBÚ. ¡Brote llamas mi furor!
Anda, dragón, que ya es tuyo.

(SAMUEL huye. El monstruo echa llamas por la boca y desaparece detrás del pasto.)

BELCEBÚ. Si el poder del paraíso
no venzo en mi ruda guerra,
antes que verme sumiso
incendiaré, si es preciso,
toda la faz de la tierra. (Váse.)

ESCENA IV

SAMUEL *entra de nuevo en escena todo azorado y con dos descomunales orejas de pollino en el sitio de las suyas.*

Corrí al acaso sin tino,
pero al fin ya me dejó.
El monstruo aquí me tocó. (En la cabeza.)
¡Gran Dios... si soy un pollino! (Se toca las orejas.)
Y hasta siento á mi pesar
por la yerba ciertos goces...
Me dan ganas de dar coces
y ganas de rebuznar.

¡Dios mío, qué situación!
¿Quién verá sin que se asombre
un asno que ha sido hombre
y conserva su razón...?
Porque yo sigo sabiendo
todo lo que antes sabía.
¿Me atacó alguna manía...?
¿No será que estoy durmiendo...?
¡Ay... no duermo! El monstruo alado
era real, según discurro.
¡Es muy cierto que soy burro! (Con pena.)
Pero soy burro ilustrado. (Con jactancia.)
¡Maldigo de Satanás,
que en tal desgracia me encierra!
Si tantos hay en la tierra,
¿por qué ha hecho un burro más? (Pausa.)
Ve, Dios mío, lo que aquí
hizo el demonio conmigo.
¡Compasión para un amigo (Se arrodilla.)
que te ama y espera en Tí!

(Bien del arbusto ó de otro lado brota un angelito, que colocándose detrás de Samuel tira fuertemente de las orejas hasta arrancarlas, y luego váse.)

¡Ay que tirón...! ¡Ay! van dos.
¡Y otro más fuerte... más... más!
¡Ay! ¡ay! que me voy detrás.
¡Ay! ¡otro...! ¡Gracias á Dios!
¿Mas quién será el despiadado
que desoyendo mis quejas
tiraba de las orejas...?
¡Gran Dios, me las han quitado...!
Aún siento aquí un importuno
hormigueo... un escozor...
¡Ay...! duele mucho, señor,
que lo desasnen á uno.
¡Oh! gracias, Dios eternal,
bendito sea tu nombre,
pues truecas de nuevo en hombre
al que era ya un animal.
Con eterna gratitud
tus favores pagaré,
y siempre bendeciré
tu piedad y tu virtud.

ESCENA V

DICHO, ISAAC, RUBÈN, REBECA, ESTHER, *pastores, pastoras.*

ISAAC. Aquí está Samuel, la nueva
démosle.
RUBÈN. Por lo que veo
la ignora.
SAMUEL. Si no te explicas...
RUBÈN. Justo es, pues, que te la demos.
ISAAC. El gran sacerdote llama
para que acudan al templo,
hoy mismo, todos los hombres
que permanecen solteros.
SAMUEL. ¿Todos los hombres? (Se toca las orejas.)
ISAAC. Se entiende,
los de la tribu.
SAMUEL. ¿Y todo esto
por qué fin?
ISAAC. Porque se trata
tan sólo, ni más ni menos,
de dar esposo á María
la de Joaquín.
SAMUEL. ¿Eso es cierto?
ISAAC. Y que ha de ser elegido
por un milagro del cielo.
SAMUEL. ¿Y qué milagro será ese?
ISAAC. Samuel, allá lo veremos.
¿Conque vienes?
SAMUEL. Por María
vale la pena ir al templo
y caminar aunque sean
quince leguas.
RUBÈN. Ya lo creo.
Y mucho más.
ISAAC. Pues en marcha.
SAMUEL. Id andando, que al momento
voy también, pues es preciso
que me ponga un jubón nuevo,
porque el caso lo requiere...
Yo, como ignoraba esto,
me pilla así descuidado
y un poco... en fin... ya iré luego. (Se toca las orejas.)
Conque hasta la vista.
TODOS. Adiós. (Vánse.)
SAMUEL. ¡Vaya un acontecimiento!

ESCENA VI

SAMUEL.

Pues señor, verdad será.
¡Conque un esposo á María!
quien la alcance... ¡qué alegría!
¿Pero quién la alcanzará...?
Si quisiera mi destino
darme tan rico joyel...
Mas ¡ay...! no se hizo la miel
para boca de pollino.
¡Su esposo...! ¡seré avestruz!
¿Qué soy yo...? ¿Pero quién sabe?
á veces halla la llave
el que la busca sin luz.
Y aquí es preciso buscarla
ansiando tan rica perla.
Quien haya de merecerla
no tardará en encontrarla. (Váse.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

El Infierno.—Al foro una roca que se abrirá á su tiempo. Apoyado en la roca estará Satanás como dormitando. Al empezar el cuadro el coro de diablos celebra un festín y cantan alternativamente.

ESCENA VII

SATANÁS, *diablos, luego* BELCEBÚ.

(En los teatros que sea difícil presentar el coro de diablos puede suprimirse, empezando el cuadro por el diálogo después de unos momentos de música tempestuosa, durante los cuales se ven algunos relámpagos.)

MÚSICA

CORO.
Sonad, espectros hórridos,
la música infernal,
y vibre en estos ámbitos
la impía bacanal.
Pues hoy el mundo entero

esclavo ya se ve
del rey de los infiernos,
del vencedor Luzbel.

HABLADO

BELCEBÚ. Genios malditos, no es hora
de festines infernales;
cuando ya en el mundo ahora
empieza á lucir la aurora
que ha de causar nuestros males.
Sepultaos en la mansión
donde los réprobos moran,
y de los hierros al són
se escucha la maldición
de los que gimen y lloran. (Vánse los diablos.)

ESCENA VIII

SATANÁS.—BELCEBÚ.

BELCEBÚ. Satán, despierta.
SATANÁS. ¿Quién eres
que hasta mí llegas?
BELCEBÚ. Soy yo.
SATANÁS. Abatido estoy... ¿Qué quieres?
BELCEBÚ. Que dejes ya, por quien eres,
el sueño que te rindió.
SATANÁS. ¿Crees que duermo, por ventura?
Sólo es cansancio mi sueño
de esa guerra fiera y dura,
más lucharé con bravura
hasta ser del mundo dueño.
¿Vienes de la tierra?
BELCEBÚ. Sí.
En este momento...
SATANÁS. Y ¿qué?
BELCEBÚ. Que empieza á cumplirse allí
lo que yo jamás creí,
lo que yo nunca soñé.
El sacerdote Simeón,
sintiendo bajar del cielo
la sagrada inspiración,
la obra de la Redención
va á comenzar con anhelo.

A la doncella María,
que es por buena angelical,
cual luz que al náufrago guía,
por Madre el cielo la envía
del Hijo Dios eternal.
Y á tal objeto, Simeón
hoy al templo la ha llamado,
donde siempre en oración,
ella, humilde, espera el dón
con que el Eterno la ha honrado.
Jóvenes acudirán
muy en breve al sacro templo,
y entre ellos elegirán
un esposo, que darán
á la que es de amor ejemplo.

SATANÁS. La eterna guerra, espantosa,
contra mí seguirá Aquél...
¡Que siga, pues, muy rabiosa,
porque yo la empecé odiosa
cuando Caín mató á Abel.
De entonces acá la guerra
los hombres buscando van.
Los muertos cubren la tierra
y almas que el cielo destierra
las recoge aquí Satán.
Aquí están de todas greyes:
Damas de altivo semblante,
ricos, humildes y reyes;
todos están á mil leyes
sujetos desde este instante.
Mi victoria se evidencia.
No me doy por convencido.
¡Guerra quiero sin clemencia!
¡Guerra, pues, con toda urgencia!
y á ver quién será el vencido.
Contra el milagro el averno,
contra ilusión, ilusiones,
contra la ley de lo eterno
la voluntad del infierno
y las mundanas pasiones.
Y así, cual mi voz resuena
rabiosa contra el Edén,
para esa Mujer tan buena
reservo la amarga pena
con sus dolores también.

BELCEBÚ. ¡Bien, Satán... Si tal hicieras,

fuera con tu voz mi anhelo!
Y ahora que así te exasperas,
eres tan grande como eras
tan hermoso allá en el cielo.

SATANÁS. ¿Lo habías jamás dudado?
¡Guerra en el mundo á el Mesías!

BELCEBÚ. ¡Guerra, sí!

ESCENA IX

DICHOS.—EL ARCÁNGEL S. MIGUEL, *que aparece en la roca que se abre.—La figura del Arcángel deberá estar iluminada por reflectores de luz Drumont ó de acetileno.*

MIGUEL. ¡Calla, menguado!

SATANÁS. } ¡Oh!... ¡Miguel!...
BELCEBÚ. }

SATANÁS. ¿Aquí has bajado?

MIGUEL. Á enfrenar tus osadías.

SATANÁS. No las enfrenes aquí,
pues soy el rey del infierno.
¿Por qué me arguyes así?
¿He subido nunca allí
á hollar tu poder eterno?

MIGUEL. Porque subir no te es dado.
Aquí está la diferencia
de tu poder desdichado
con el de Dios comparado
cumpliendo así su sentencia.
Ley eterna que en tu anhelo
absurdo no torcerás.
Para tí es bronce aquel velo.
Bajar puede hasta tí el cielo,
subir tú al cielo, jamás.

SATANÁS. Puedo al mundo seducir,
y como en Babel un día
otra torre construir,
por la que presto á subir
vuestro cielo escalaría.

MIGUEL. Tal cosa no pienses, no.
La torre que por baldón
tu soberbia levantó,
potente el cielo truncó
castigando tu ilusión.
Y siendo eterno misterio

que quien polvo hacerte puede
te quiera frente á su imperio,
tu saber y tu criterio
quiere que cerrado quede.
Oye, vil, para escuchar
que á decirte Dios me envía
que tu necio batallar
logrará sólo aumentar
tu desastrosa agonía.
Y que contra la doncella
vana es tu ira y tu cinismo,
pues querer llegar hasta Ella,
es cual querer una estrella
alcanzar desde este abismo.

SATANÁS. Pues el infierno se opone
tenaz á esa Redención.

BELCEBÚ. Protesta y guerra se impone,
y nada habrá que perdone
nuestra desesperación.

MIGUEL. ¿Pero no veis que es luchar
contra invencible poder?

SATANÁS. ¿Por qué no quiere probar?

MIGUEL. Cuenta no os tiene que dar.

SATANÁS. Satanás puede vencer.

MIGUEL. ¿Guerra quieres?

SATANÁS. Guerra pido.

MIGUEL. En ello tu orgullo yerra,
pues has de quedar vencido.

SATANÁS. A todo estoy decidido
y gritaré siempre... ¡guerra!

MIGUEL. Guerra, pues, y piensa ¡cruel!
que yo te espero en el mundo.

SATANÁS. Ya verás quién es Luzbel.

MIGUEL. Es tu orgullo sin segundo.
Ya verás quién es Miguel.

(Ciérrase la roca, desapareciendo S. Miguel.)

ESCENA X

SATANÁS, BELCEBÚ; *luego diablos*

SATANÁS. (Furioso.) ¡Llenen el mundo mis huestes
porque Dios aquí nos busca!

(Aparecen diablos por todos lados. En los teatros donde sea difícil reunir este coro de diablos, puede suprimirse esta salida.)

Desde hoy las férreas cadenas
rompamos con fuerza mutua,
y luego queda á mi cargo
daros victoria segura.
Tome el mal todas las formas
sin que el hombre advierta nunca
que bajo nuestro disfraz
un sér dañino se oculta.
Miserias, odios, rencores,
vicios de maldad inmunda
poned en juego doquiera
encontréis vez oportuna.
Y esa voluntad de bronce
de aquella Pureza única
tratad de vencer, en tanto
yo os doy mi valiosa ayuda.
No hay que perder un instante,
aunemos odios y astucia,
y seguros de vencer
gritemos todos á una:
¡Guerra sobre el mundo!

TODOS. ¡Guerra!

SATANÁS. ¡Y hurra á nuestro celo!

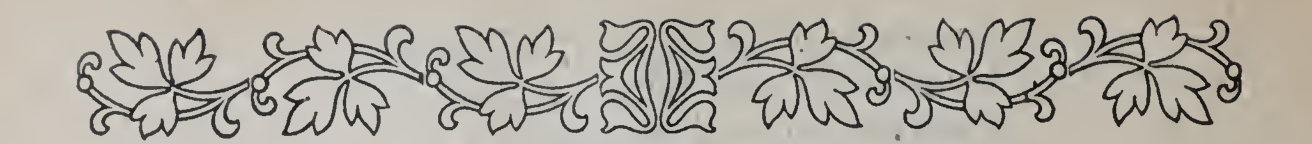
TODOS. ¡Hurra!

SATANÁS. Ahora el triunfo celebrad,
pues la victoria es segura. (Váse.)

MÚSICA

(Baile infernal, pudiéndose repetir el coro del principio de este cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Los desposorios

CUADRO PRIMERO

ATRIO DEL TEMPLO

ESCENA PRIMERA

MARÍA, *arrodillada, orando.*

MÚSICA

CORO (interior.) Dios de la altura,
Dios eternal,
tu nombre alabe
todo mortal.
Pues de la nada
Tú á todo sér
diste la vida
por nuestro bien.

HABLADO

MARÍA. Siempre alabe el alma mía
tu nombre, Dios de lo eterno,
y líbranos noche y día
contra el poder del infierno.

ESCENA II

DICHA.—*El gran sacerdote* SIMEÓN, *deteniéndose al aparecer.*

SIMEÓN. Señor, cuán impenetrable
arcano es tu santa ley
que siendo Dios, por amarnos,
bajas á nuestro nivel,
haciendo con esto al hombre
imponderable merced.
Grandes misterios que guardas
en tu recóndito sér.
(Pausa y luego á María.)
¡Oh flor del valle, María!
Rico y valioso joyel,
que siendo entre las doncellas
la más bella de Israel,
cerraste tus castos oídos
á lisonjas del querer
de esos hombres que adoraban
más que tu virtud tu sien.
Y por voto de tus padres
vives consagrada á Aquel
que formó en tu alma su templo
y su delicia en tu sér.
¡Casto ejemplo de virtud
y tesoro de honradez!
Escucha mi voz atenta.
Por revelación yo sé
que amas la virginidad,
reflejo de tu alma fiel.
Mas Dios, que todo lo rige,
y que es la esencia del bien,
quiere en tí otorgar la gracia
que doncella pudo haber
en los ámbitos del mundo
y en lo inmenso del Edén.
María... el Señor dispone
darte un esposo... ¡Oh mujer!
acata su alto designio
y cumple su augusta ley.

MARÍA. ¿Es del Rey de la alma mía?
Cumplo lo que manda el Rey. (Se levanta.)

SIMEÓN. ¡Siempre buena, siempre hermosa,
es virtud su propio sér!

MARÍA. ¡Señor, tu favor me aturde!
¡Me anonada tanto bien! (Vase María.)

ESCENA III

SIMEÓN *va al lado opuesto por donde marchó María y entran con él* SAMUEL, RUBÈN, *pastores y hombres del pueblo; entre éstos* SIQUEM.

ISAAC. Salud, custodio del templo.
SIMEÓN. Que Dios os libre de daños.
RUBÈN. Y que vivais muchos años
para servirnos de ejemplo.
PASTORES. Salud.
SIMEÓN. Seais bien llegado.
ISAAC. ¿Y Joseph?
SIQUEM. Aún no ha venido.
En trabajar decidido
tal vez estará ocupado.
ISAAC. Quizás no querrá venir.
SAMUEL. Pues hay aquí quien reemplaza.
Por mí no lo he de sentir.
SIQUEM. ¿Piensas tú ganar la plaza?
SAMUEL. ¿Quién sabe?
SIQUEM. Por Belcebú,
como tienes gracias tantas
y cautivas.
(Simeón habla bajo aparte con algunos pastores y hombres.)
SAMUEL. Más que tú;
que eres tan feo que espantas.
Tienes el rostro mal hecho
y tu hablar es un graznido.
El hombro izquierdo torcido
y el derecho no muy derecho.
Roncas como un abejorro,
comes lo mismo que un buey,
eres avaro, y tu ley
es llenar el cachiporro.
Gandul á carta cabal,
dormilón como una piedra,
y malo como la yedra,
y animal... ¡uy, qué animal!
Con tal gracia y tanto dón,
y otras que callo prudente,
ya puede el tal pretendiente
aguardar otra ocasión.
Porque en esta, bueno fuera
y extraña cosa sería

que joya como es María
se la diesen á un... cualquiera.

SIQUEM. ¿Y tú?... ¡Valiente figura!

SAMUEL. Valiente no, pero buena.
Mejor que esa, que está llena
de defectos.

SIQUEM. En cultura
te eleva poco del suelo.

SAMUEL. Psí, cultura de pastor;
comer bien, beber mejor
y amar á Dios con anhelo.
No ser gandul como tú,
no ser soberbio ni avaro,
porque esas cosas, es claro,
son cosas de Belcebú.
Y tú las aprendes bien
y les das en tu alma rienda.
Vamos, no tienes enmienda,
aunque algunos te la den.

SIQUEM. ¡Se habrá visto atrevimiento!
¡Aguarda la que te espera! (Amenazador.)

RUBÈN. Hombre, cesa en tu quimera,
que fué broma de un momento.

SIQUEM. Mas de veras ha insultado.

RUBÈN. Broma digo.

SIQUEM. ¡Buena gana!

SAMUEL. Tú pensabas ir por lana
y has salido trasquilado.

SIQUEM. ¿Aún hablas...? ¡Pues por mi vida!

SIMEÓN. ¡Pastores...! (Adelantándose.)

RUBÈN. Vaya, á callar.
Guardad en este lugar
la reverencia debida.

SIMEÓN. ¿Estáis todos?

SIQUEM. Por ahora...
Uno falta.

SAMUEL. Sí, José.
Mas viene allá, sí, sí... ¡eh...!
¡Vamos, hombre, que ya es hora!

ESCENA IV

DICHOS.—JOSÉ.

JOSÉ. Después de reverenciar
del Eterno el templo santo,

perdonadme porque tanto
aquí os he hecho esperar.
Vengo por pura obediencia,
no porque méritos haya.

SIQUEM. (Pues si quiere que se vaya.
Yo ya le doy mi licencia.) (Aparte.)

SIMEÓN. Ahora con alma ferviente
al cielo el ruego elevemos
y sumisos acatemos
la voz del Omnipotente.

(Todos se orrodillan. Simeón permanece de pie en actitud paternal. Melodía en la orquesta.)

SIMEÓN. ¡Oh Padre y Dios eternal,
ven á mostrar por favor,
con perceptible señal,
quién será el feliz mortal
á tu gracia acreedor.

SIQUEM. Que la ventura sea mía.
Concédeme tal favor.

RUBÈN. ¡Dame por gracia, Señor,
ser esposo de María!

JOSÈ. Señor, humilde suplico
sea mostrado tu poder.

SAMUEL. Dámela, si puede ser;
pero sino... no replico.

MÚSICA

CORO. Cual la flor es pura
la gentil María.
¿Quién merecería
hoy su corazón...?
Sólo á uno esperan
tales bienandanzas.
¡Cuántas esperanzas!
¡Cuánta decepción!

(Sigue la orquesta dejando oir una melodía.)

ISAAC. ¡Oh qué prodigio, mirad!

(Viendo florecer la vara de José.)

SIQUEM. ¡Un milagro!...

SAMUEL. ¿Qué acontece?

ISAAC. ¡Como esa vara florece,
la de José!...

SIMEÓN. ¡Oh, potestad!...
¡Gracias por vuestros favores,

Señor!...

JOSÈ. Confuso me siento
ante tal merecimiento.

SIMEÓN. Ya lo habéis visto, pastores.
Que á José elegir quería,
lo dice bien claro el cielo.
El será sobre este suelo
el defensor de María.

SIQUEM. Recibe mi enhorabuena. (A José.)

ISAAC. La mía, de corazón.

RUBÈN. Mereces tal galardón.

SAMUEL. Te felicito sin pena;
pues no conoce rival
tu virtud bien demostrada.
Goza la dicha preciada
que te da el Dios eternal.

ESCENA V

DICHOS; MARÍA, *acompañada de algunas pastoras y doncellas del pueblo*

SIMEÓN. María, José, venid.
Ya que Dios os quiere esposos,
ante el altar, amorosos,
su alto designio cumplid.

MARÍA. Acato tal mandamiento.

JOSÈ. Lo cumplo con fe y amor.

SIMEÓN. Tu luz descienda, Señor,
y alumbre mi entendimiento.

(Simeón, seguido de José y María en primer lugar y de todos los personajes, salen por la puerta del foro. La orquesta deja oir algunos compases fuertes.

ESCENA VI

SATANÁS.

Templo grandioso, obra santa
que desde el alto Sinaí
viniste á parar aquí...
¡Cual tu grandeza me espanta!
Arca por mí guardadora
de mi eterna desventura;
en tu ara el cielo procura
defender á mi opresora.

Hoy en tí esa Virgen santa
va á unirse á justo doncel,
mi porvenir será cruel,
yo sucumbiré á su planta.
Yo que fuí arcángel un día,
como el cielo tan hermoso,
llevo el estigma horroroso
grabado en la frente mía.
Doquier veo la pupila
de la eterna Omnipotencia
que me mira sin clemencia
y me aturde y me aniquila.
¿Mas por qué dejo durar
este indecible tormento,
cuando puedo en un momento
mi daño todo evitar?
Cercana mi perdición,
todo por todo me juego,
y haré fulminar mi fuego
en esta excelsa mansión.
Tomen mis huestes ejemplo
de que ya nada me arredra,
y aquí, en montones de piedra
voy á convertir el templo.

(Adelanta hacia el pórtico con ademán amenazador. Aparece en él San Miguel. Satanás retrocede.)

ESCENA VII

SATANÁS, MIGUEL

MIGUEL. Antes alfombra serás;
y oprimirá tu cabeza
la planta de la Pureza
que no acataste jamás.
SATANÁS. ¡Miguel!
MIGUEL. Lo quiere el Eterno.
¡En tierra!
SATANÁS. ¡Oh! (Resistiéndose á caer.)
MIGUEL. ¡En tierra, fiera!
Donde la pureza impera
queda vencido el infierno.

(Satanás, vacilante, cae anonadado en el proscenio.)

SATANÁS. Mi soberbia no se humilla.
MIGUEL. Calla, perverso y falaz...

SATANÁS. ¡Siempre tú!...

MIGUEL. ¿Te maravilla?
Este es un sitio de paz
donde la inocencia brilla.

SATANÁS. De tu presencia me iré,
pues me sabes humillar.

MIGUEL. Mucho más te humillaré
y á tu vista mostraré
lo que quisiste evitar.
Dios permite que á tus ojos
su gloria sea bien notoria.
Lo que en tus viles antojos
trocar quisiste en despojos,
verás convertido en gloria.
Verás los muros ceder
ante tu vista pasmada,
sólo para hacerte ver
que ante el eterno poder
tu necio poder no es nada.

SATANÁS. ¡Vence el cielo!... ¡Maldición!
Se cumple la profecía.
Desciende la bendición
que santifica la unión
de Josef y de María.
Y del abismo en que te hallas
mira atónito, Luzbel,
cómo en tu ira te avasallas,
y á través de esas murallas
contempla al Dios de Israel.

MÚSICA

CORO INTERIOR

De tus dones, Dios santo,
vierte el raudal,
y concede á los cónyuges
felicidad.

(Se va repitiendo el coro hasta la desaparición de Satanás.)

ESCENA VIII

SATANÁS, *solo, queda como aterrado mirando al foro.*

¡Dios!... ¡Es cierto!... Sonó la hora
de la humana redención.
Aquella Eva pecadora

halló ya una redentora
que causa mi humillación.
La muerte será la vida,
no será el pecado eterno,
sufriré nueva caída
viendo por siempre destruída
la obra inmensa del infierno.
No... ¡¡jamás!... será fecundo
mi furor y cruel anhelo.
Vencer en la lucha fundo,
y triunfaré de este mundo,
y haré retemblar el suelo. (Vase furioso.)

ESCENA IX

MARÍA, JOSÈ, SIMEÓN, ISAAC, RUBÈN, SAMUEL, REBECA, ESTHER, SIQUEM, *pastores, pastoras y acompañamiento, que cantan el coro anterior.*

HABLADO

SIMEÓN. Aquel que aquí os ha juntado
os conceda larga vida,
y por siempre bendecida
con el lazo que os ha atado.
Y para mí fuera dón
si algún día ver pudiera
el fruto que el mundo espera
como Luz de Redención.

JOSÈ. ¡Oh, gracias!

MARÍA. ¡Gracias! (Inclinándose á Simeón.)

JOSÈ. María.
Vamos á mi casa ya,
humilde, pero bendita
por la mano celestial
del Eterno; que ella sea
templo de la santidad
y asilo de la virtud.
En ella no encontrarás
las riquezas mundanales
que ofrece la vanidad,
pero hallarás un tesoro
de amor, de honradez y paz.

MARÍA. Procuraré hacerme digna
de los dones que me das,
dones que del cielo emanan

y que bien sabré estimar,
agradeciendo sumisa
esta merced celestial.
Soy la sierva del Señor,
humilde á su voluntad.

JOSÈ. Gracias, María, que el cielo
colme tu felicidad.

ISAAC. También para acompañaros
iremos todos allá.

MARÍA.
JOSÈ. } ¡Oh, gracias!

REBECA. Muy bien hablado.

ESTHER. Razón tiene el buen Isaac.

ISAAC. Y después de despedirles,
á su quehacer cada cual.

REBECA. Muy bien.

ISAAC. Que os dure mil años
vuestro hermoso bienestar. (A José y María.)

JOSÈ. ¡Gracias! Y Dios á vosotros
que os dé también suerte igual.

SIQUEM. Amigos... ¡Vivan los novios!

TODOS. ¡Vivan!

JOSÈ. ¡Gracias!... Vamos ya.

MÚSICA

(Repítese el coro anterior, y va desapareciendo la comitiva, perdiéndose el coro á lo lejos.)

ESCENA X

SAMUEL, RUBÈN

SAMUEL. ¿Conque eso es casarse?

RUBÈN. Sí.

SAMUEL. Pues no es cosa tan mayor
como dicen, leer un libro,
echar una bendición,
orar los novios un poco,
hacer ofrendas á Dios.
Luego cada uno á su casa
y se acabó la función.
No he visto cosa más sosa
ni aburrimiento mayor.

RUBÈN. ¿Pues qué falta?

SAMUEL. Broma y danza

y mucho jolgorio, al son
de rabeles y panderos;
mucho vino del mejor,
mucha juerga, y golosinas
que completen la función.
En fin, chico, un casamiento
tenía entendido yo
que era cosa más alegre,
más nutritiva y mejor.

RUBÉN. Pues ya viste lo que es ello;
yo ví que eres un simplón,
un pedazo de alcornoque...
y... en fin: vámonos los dos
y animaremos la fiesta.

SAMUEL. ¡Ca! me parece que no. (Vánse.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Interior de la casa de María

ESCENA XI

MARÍA

¡Oh soledad venturosa
que invitas á la oración!
¡Silencio elocuente y santo
de delicias precursor!
En tu grandeza solemne
se abisma mi corazón,
y late como impulsado
por el soplo bienhechor
de las auras celestiales
que á este mundo envía Dios.
¡Cuánto bien haces al alma
que enagenada de amor,
en tan plácido reposo
encuentra sublime dón.
¡Oh felicidad suprema!
¡Oh incomparable favor

que con su goce inefable
piadoso el cielo me dió.
¿Cuál podrá mi humilde sér
pagar tributo al Señor
y agradecer dignamente
las finezas de su Dios?...
Mi pequeñez me anonada,
me confunde lo que soy,
átomo insignificante
de la inmensa creación.
Oh, jamás, jamás, Dios mío,
podré pagar el favor
que otorga tu omnipotencia
á la que humilde nació.

(Se dirige al centro de la escena hacia el foro, se arrodilla y abre un libro, leyendo en él.)

«En las entrañas de Virgen pura,
el Dios divino se encarnará.
Nadie como Ella, tanta ventura
sobre la tierra podrá lograr.
Quedará pura en todo momento
cual queda un vidrio que pasa el sol.
Madre será, Ella, sin que el tormento
amarga sienta de cruel dolor.
Hijo amantísimo tendrá dichosa
que hará la planta del bien crecer,
mostrando al hombre la deliciosa
vida infinita de eterno Edén.» (Deja el libro.)
Con gozo el alma recibe
tan sagradas profecías.
Será bienaventurada
entre todas, la escogida
que ha de ser Madre en el mundo
del prometido Mesías.
Madre santa, inmaculada,
flor de los cielos purísima,
cuyo aroma de virtudes
ha de dar al mundo vida.
Sierva humilde y Reina excelsa,
Virgen y Madre divina.
Será en el cielo exaltada
y en el infierno temida.
¡Oh, quién pudiera, Señor,
ser la esclava más sumisa,
la que besara las plantas
de Reina tan escogida!

¡Brille pronto la alborada
que el mundo ferviente ansía,
y que tu nombre, Dios santo,
cielos y tierra bendigan.

ESCENA XII

MARÍA, EL ÁNGEL SAN GABRIEL. *(Melodía).*

GABRIEL. Salve María,
de gracia llena.
Dios es contigo,
casta doncella.
Bendita eres
por gracia eterna. (Pausa.)
Del alto cielo
mi Dios decreta,
venga á anunciarte
muy fausta nueva;
pues mira tu alma
cual la azucena,
pura y sin mancha,
cándida y bella.
Del Hijo excelso
que aquí á la tierra,
Dios hecho hombre,
pronto ya llega,
quiere el Altísimo,
por gracia eterna,
que tus entrañas
su templo sean.
Serás la Madre
libre de pena
que el santo Verbo
lleve á la tierra.
Y el mundo todo
verá en tu esencia,
de Dios la Madre,
del cielo Reina.

MARÍA. Dulce emisario:
tu voz penetra
cual melodía
suave y tierna
que mis oídos
grata enagena.

Confusa mi alma,
casi no acierta
ante la gloria
que aquí me llevas.
Si así en su arcano
Dios lo decreta,
cúmplase en todo
su manda excelsa.
He aquí su esclava
la humilde sierva,
que sus designios
muy grata acepta.

ANGEL. Salve, María,
de gracia llena.
Mire ya el mundo
cual se refleja
la luz del cielo
potente y bella.
¡Venid, querubes
de alas etéreas,
y en grato coro
las voces vuestras
con alabanzas
los aires hiendan.
Pulsad, alegres,
las arpas célicas.
Todo sea dicha,
mística fiesta,
honor y loores
á la Doncella
pura y sin mancha
que el cielo eleva,
y el mundo aclama
por Madre y Reina.

(Desaparece el telón de foro ó parte de él, dejando ver una apoteosis de gloria, en la cual aparecen ángeles que coronan á María.)

MÚSICA

CORO DE ÁNGELES

El Señor que gobierna los orbes,
en María su templo formó;
gloria, gloria á Virgen purísima
que es la Madre escogida de Dios.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Los Pastores

CUADRO PRIMERO

Selva. A la izquierda del actor la fachada de un mesón. Anochece.

ESCENA PRIMERA

SIQUEM, *algunos* HOMBRES *y* MUJERES *y después el* MESONERO.

MÚSICA

CORO. El frío arrecia
que es un primor.
Venga la danza
que da calor.

(Siguen bailando en corro hasta que aparece el MESONERO en la puerta de la posada.)

MESONERO. ¿A qué viene tanta bulla?
¿No veis que ya ha anochecido
y es hora de recogerse
cada cual en su retiro?

SIQUEM. ¿Y el que retiro no encuentra
después de andar de camino
todo el día, por cumplir
con el imperial edicto?

MESONERO. ¡Dichoso empadronamiento!

SIQUEM. ¡Malhaya el raro capricho
del que manda!... Como á él
por el tal no le es preciso
hacer jornadas que obligan
á ir un día de camino
y pasar la noche al raso,
sin cama, techo, ni abrigo,
por eso decreta y manda.

MESONERO. No es este instante propicio
para andarse criticando
si el imperio hizo ó no hizo.
¿Queréis algo?

SIQUEM. Sí, posada.
¿Tienes en la tuya sitio?
Todo está lleno.

MESONERO. Siempre halla
quien lleva bien el bolsillo.
El metal todo lo puede.
¿Sois muchos?

SIQUEM. Somos de fijo
los que ves.

MESONERO. Con buena paga
podréis encontrar avío.
Tengo cerca del corral
un extenso cobertizo
muy bien acondicionado
y que da excelente abrigo.

SIQUEM. Entonces, vamos adentro;
guarecernos es preciso,
porque la noche está helada
y da poco gusto el frío.

MÚSICA

CORO. El frío arrecia
que es un primor.
Vamos adentro,
será mejor. (Entran en el mesón.)

ESCENA II

SAMUEL, *después de un momento en que deja oir su voz.*

SAMUEL. ¡Soh!... te he dicho ¿qué estás sordo?
¡Qué burro tan animal!...

(Aparece SAMUEL en escena y junto á él asoma en el bastidor una cabeza de pollino. SAMUEL se pone por delante figurando detenerlo.)

Nunca entiende lo que le hablo
y me hace desesperar.
Pues yo, desde hoy, te aseguro
que si no obedeces más
cuanto te mando, palizas
soberanas llevarás...
Pero qué triste se pone...
parece que va á llorar...
¡Claro es, si me quiere tanto!
A mí lástima me da
reprenderle de esta suerte.
¡Vamos, alégrate!... más,

(Acariciando la cabeza del jumento.)

que todo ha sido una chanza
que te he querido gastar.
Voy á atarte de aquel árbol,
dejaré largo el ronzal
y la yerba de ese prado
vas muy libre á pasturar.

(Figura llevarse el asno y vuelve á la escena sin él. En los teatros en que sea factible puede salir el asno real.)

ESCENA III

SAMUEL, *luego* RUBEN.

SAMUEL. Aún no viene y hace rato
que dejé á Rubén atrás.
Emprendió él burro su trote,
y él se quedó... ¡Claro está!
¡Cuánta gente hay en Betlehem!
Allí no se puede estar.
Las casas y las posadas
están que no caben más.
Ricos, pobres, potentados...
Y dicen que todos van
á encabezarse... es decir,
á dar de cabeza... ¡Bah!
¡Qué cosas manda el imperio!
No sé eso por qué será.
Ya anocheció... Esperaré
algunos instantes más
tomando un leve refuerzo
para poder continuar
el camino... ¡Ay, bota mía!
¡Cuántos consuelos me das!...

No hay compañera más fiel
ni de mejor calidad,
ni más amante y discreta
que tú, que sabes amar
á quien estima tu mèrito
y proclama tu bondad. (Bebe.)

RUBÈN. ¡Bien te miras las estrellas!
¿Está raso ó lloverá?

SAMUEL. ¡Vaya, hombre, gracias á Dios!
Me has hecho desesperar.
Estaba con un cuidado,
con una desazón tal,
que por tu suerte hace poco
hice votos de verdad

RUBÈN. ¿Y buscabas el cumplirlos
en la bota?

SAMUEL. Claro está.
¡Ay, qué sería del mundo
sin estos tragos!

RUBÈN. Verdad.

SAMUEL. Ellos aplacan las penas
que el amor nos suele dar.

RUBÈN. Puesto que traes el asunto,
Rubén, franco te será.
Mucho tiempo que hablar quiero
á Esther, la hija de Isaac;
decirla que me enamora,
me encanta de modo tal
aquella gracia y donaire
que el Señor le quiso dar,
que en ser su esclavo cifrara
mi mayor felicidad.
Pero al pensar que no tengo
más que el mísero jornal,
y su padre tiene ovejas
en muy grande cantidad,
y en que ella es rica y yo pobre,
no me atrevo ni á mirar
aquellos ojos de cielo
que tanta inquietud me dan.
Mil cosas quiero decirle,
mas mi aturdimiento es tal,
que me quedo atortolado
y no sé cómo empezar.

SAMUEL. Muy bien hecho, las mujeres
tan sólo disgustos dan.

Yo hace tiempo estoy casado.

RUBÈN. ¿Tú casado...? No es verdad.

SAMUEL. Te presento á mi señora, (Por la bota.)
y te puedo asegurar
que lo que es de esta consorte
no me divorcio jamás. (Bebe.)

RUBÈN. De esa suerte... ¡ay!

SAMUEL. ¿Qué te pasa?

RUBÈN. Que me acabo de quedar
viudo.

SAMUEL. ¿Es cierto?

RUBÈN. ¿Que si es cierto?
Mira y te convencerás.
(Enseñándole una bota vacía.)
Aquí, sólo hay un cadáver,
restos, restos nada más.

SAMUEL. Cierto, ni una gota; en fin,
me conduelo de tu mal.

RUBÈN. Déjame la tuya.

SAMUEL. Hombre,
sería infidelidad.
(Dejan las botas en el suelo. La de SAMUEL es de piel negra, la de RUBÉN blanca. Al dejarlas en el suelo las botas cambian de lugar, ocupando el de la negra la blanca y viceversa.)

RUBEN. Tú, con tus filosofías
estás hecho un buen truhán...
Calla...

SAMUEL. ¿Qué es eso?

RUBEN. Recuerdas,
si no te fijaste mal,
que mi bota estaba...

SAMUEL. Sí,
vacía...

RUBEN. Pues ya no está
sino llena... y era blanca
y ahora es negra...

SAMUEL. ¡Qué dirás...!
¡Si es la mía...! ¡Picarón!
me la robas.

RUBEN. No es verdad.
Y si vuelves á decir...
¡qué decir!, á sospechar
que de robar nada á nadie
me consideras capaz,
echando á un lado reparos
olvido nuestra amistad...
(Las botas vuelven á sus sitios primitivos.)

SAMUEL. Perdona, querido amigo,
figuración fué quizá
lo que ví, ó es que sucede
algo sobrenatural.
¡Ay, bota de mis amores...! (Bebe.)
Ahora no te escaparás,
porque estás entre mis manos.
(Echa la bota al aire y desaparece por las bambalinas.)
¡Pobre de mí...!
RUBEN. ¡Ja... ja... ja...!
¡Magnífica golondrina!
Ligera sabe volar.
SAMUEL. ¿Te burlas...? Pues no tolero
que de mí te oses burlar.
RUBÈN. ¡Eh! valiente, poco á poco...
SAMUEL. ¡Eh! cobarde, ven acá.
Nos mediremos la gracia
con los puños.
RUBÈN. No está mal...
SAMUEL. ¿Aún guasa...? Pues te aseguro
que de esta te has de acordar.
(Va á pegarle y aparece SATANÁS con aspecto de anciano.)

ESCENA IV

DICHOS.—SATANÁS, *disfrazado.*

SATANÁS. Ten, hermano, tu furor.
SAMUEL. No trates de sujetarme.
SATANÁS. Al punto vais á explicarme
qué es todo.
RUBÈN. Nada, pastor.
Una bota llena, el viento
se llevó, según opino;
y este hombre, al perder el vino,
perdió su conocimiento.
Con insistencia tenaz,
furioso me ha amenazado.
SAMUEL. Porque de mí te has burlado.
RUBÈN. Abrazaos y que haya paz.
SAMUEL. ¡Paz sin vino!...
SATANÁS. Vais á ver.
Toma, tú... y tú... Sin temor;
y yo os serviré un licor
que mejor no puede ser.
(Saca dos copas doradas y se las entrega á cada uno.)

RUBÈN. ¿Qué te parece?
SAMUEL. Muy bien.

(Satanás saca una botella y les sirve vino.)

Buen vino, de Palestina.
RUBÈN. ¡Qué fragancia tan divina!
SATANÁS. Bebed.
SAMUEL. Brindemos, Rubén.

(Levantan las copas para brindar.)

RUBEN. ¡Reine Dios!

(El líquido se inflama en cada copa, dando una llamarada.)

SAMUEL. ¡Por Belcebú! (Arrojando la copa.)
RUBEN. ¿Qué es esto? (Idem.)
(Satanás, desesperado, aparte.) (¡Suerte contraria!)
SAMUEL. ¡Zambomba, qué luminaria!
¿De este vino bebes tú? (A Satanás.)
RUBEN. ¿Así te burlas de mí?
SAMUEL. Á mí no me mires más.
SATANÁS. Calla, que al punto verás
brotar tu bota de aquí.

(Pega en el suelo con el cayado y aparece la bota.)

Tómala.
SAMUEL. Esto me escama.
Cógela tú... (¡Desatino!)
RUBEN. Por fin, probaré este vino...
Este sí que no se inflama. (Bebe.)
SATANÁS. Os alegráis.
RUBÈN. Sí, los dos.
SATANÁS. Pues pregonad mi poder,
que más grande viene á ser
que el poder de vuestro Dios.
RUBEN. ¿De nuestro Dios?
SAMUEL. Y del tuyo,
á quien debes sin ambaje
rendirle fiel vasallaje...
SATANÁS. ¿Vasallaje? De eso huyo.
¡Nunca!
SAMUEL. Serás mi enemigo,
y tu soberbia arrogante
reclama que en este instante
sea ejemplar el castigo.
SATANÁS. ¿Amenazas?
SAMUEL. Somos dos.
SATANÁS. Pues pasaréis un mal rato.
SAMUEL. Daos preso, por desacato
á la majestad de Dios. (Lo sujetan.)

RUBEN. Junto á un árbol lo ataremos...
Cuerda...

SAMUEL. El ramal de mi burro.

SATANÁS. Que no hace falta discurro,
porque cuerda aquí tenemos.

(Pega un golpe en el suelo con el cayado y aparecen por ambos lados de la escena dos diablillos, que después de perseguir á SAMUEL y á RUBÉN, los atan espalda con espalda.)

SAMUEL. ¡Qué avechuchos!

RUBÈN. ¡Encarnados!
¡Corre Samuel!

SAMUEL. Sí, ya corro.

RUBEN. ¡Favor!... ¡Socorro!

SAMUEL. ¡Socorro!

(Son cogidos por los diablillos y verifican lo indicado arriba, yéndose después.)

RUBEN. Nos tienen ya.

SAMUEL. Y bien atados.

(SATANÁS, cruzado de brazos, los contempla con sonrisa siniestra, y vase.)

RUBEN. ¿Qué hacemos?

SAMUEL. Pronto te apuras.
Lo ligado se desliga.

RUBEN. ¿Y no habrá una mano amiga
que corte estas ataduras?

SAMUEL. De tierra los ví nacer
como dos hongos.

RUBEN. ¡Qué guasa!
Habremos de ir hacia casa.

SAMUEL. Que me haces retroceder...

RUBEN. Ahora retrocedo yo

SAMUEL. Marcho siempre hacia delante.

RUBEN. Pues lo que es en este instante
puedo decirte que no.

SAMUEL. Valiente camino haremos
con tanto y tanto tirar.

RUBEN. Me vas á descoyuntar.

SAMUEL. Pues nos descoyuntaremos.

RUBEN. ¿Pero por dónde marchamos?

SAMUEL. Por allí. (Señalando al frente.)

RUBEN. Vamos allí.

SAMUEL. Que me haces caer.

RUBEN. Así
no es fácil que concluyamos.
Nunca vi luchas como estas.
Preciso es capitular.

SAMUEL. Nos habremos de llevar

un rato cada uno á cuestas.
RUBEN. Conforme... ¿Quién va primero?
SAMUEL. Yo.
RUBEN. No, yo.
SAMUEL. ¡Vaya un pastel!...
Vámonos.

(Se inclina un poco, por lo cual RUBÉN queda sobre SAMUEL á cuestas.)

RUBEN. ¡Arre, Samuel!
SAMUEL. ¡Qué viaje tan placentero! (Vanse.)

ESCENA V

MARÍA, JOSÈ.—*Luego el* MESONERO.

JOSÈ. ¿Te sientes enferma?
MARÍA. No.
Pero tengo mucho frío,
y me encuentro fatigada
por lo largo del camino.
JOSÈ. Tal vez ya nos queda poco.
Allí una casa distingo.
Llamaré, y por caridad
quizá nos darán asilo.

(Llama en la puerta de la casa y aparece el MESONERO en la ventana con un farol en la mano.)

MESONERO. ¿Quién sois, de dónde venís
y á dónde vais?
JOSE. Buen amigo:
Como ves, dos caminantes,
y de Nazareth venimos
á cumplir como vasallos
con el imperial edicto.
Pero la noche adelanta,
es muy penoso el camino
que resta de aquí á Betlehem,
y mucho y muy grande el frío
para una débil mujer
y un anciano peregrino.
Por eso, en nombre del cielo
yo te ruego, buen amigo,
nos prestes por caridad
un rincón, un cobertizo
que nos albergue esta noche.
Sólo ésta.
MESONERO. Por lo visto,

para pedir á estas horas
un albergue en mi edificio
cuando está lleno hasta el tope
traerás repleto el bolsillo.

JOSÈ. Soy muy pobre.

MESONERO. Pues entonces
continúe el peregrino,
porque mi posada no es
posada para mendigos.

JOSÈ. El más pequeño rincón
nos hará el mayor servicio.
Ten caridad, por el cielo,
por mi esposa.

MESONERO. Ya lo he dicho.
Aquí se alberga quien paga,
y otra vez te lo repito.
Si te doy como limosna
un trozo de cobertizo,
perderé por complacerte
monedas de oro muy fino.
Hay que aprovechar los días.
No puedo, vete á otro sitio.

JOSÈ. ¿Nos dejas en la inclemencia?

MESONERO. Primero está mi bolsillo. (Vase.)

ESCENA VI

MARÍA.—JOSÈ.

JOSÈ. ¡Todos desechan al pobre!
¡Todos le arrojan de casa!
¡Y no encuentra por albergue
ni el rincón de una posada!

MARÍA. No te des á la aflicción,
y pon en Dios la esperanza.
Reposemos entre tanto
porque las fuerzas me faltan.

JOSÈ. Tienes frío... bien lo veo
y el cansancio te quebranta.

(María se sienta sobre una roca.)

Toma el manto, abrígate,
y en él envuelta, descansa.
Descansa, querida esposa,
mientras yo velo á tus plantas

implorando del Señor
fortaleza y esperanza.

(José se arrodilla junto á María orando ensimismado. Oyese un coro interior de ángeles, muy piano.)

MÚSICA

CORO. Descansa, Virgen dichosa,
flor del vergel celestial,
que es todo un Dios quien reposa
en tu seno virginal.

(José, durante el coro, se levanta y contempla á María, diciendo lo que sigue. María, dormida.)

HABLADO

JOSÉ. Hermosa rosa nacida
en la márgen del Jordán,
tus virtudes dejarán
la criatura redimida.
Duerme, Virgen bendecida,
segura y libre de mal;
Duerme, Reina angelical,
entre sueños de oro y rosa;
Virgen, pura y amorosa,
flor del vergel celestial.
Tu virtud célica y pura
será una aurora de amor,
y tu aliento redentor
dará al hombre la ventura.
Tú borrarás la negrura
del pecado original,
y aplastarás la infernal
sierpe altiva y venenosa,
porque Dios es quien reposa
en tu seno virginal.

(María se despierta. Cesa la melodía.)

JOSÉ. Muy breve tu sueño ha sido
para que el descanso lleve.

MARÍA. Mas tan dulce como breve
fué el sueño que yo he tenido.
Los ángeles todos
volando bajaban,
cual mil mariposas
batiendo sus alas.
Corona de estrellas,

radiantes y claras,
ceñía mi frente.
Doquier se escuchaban
armónicas voces
y músicas santas.
El coro celeste
en torno cantaba:
—«Hoy Dios dará al mundo
su Sol de Esperanza,
el Hijo adorado
que el mundo anhelaba.»—
Así, esposo mío,
mil voces cantaban,
llenando mi pecho
de dicha sin tasa. (Pausa.)
Sigamos la vía
que aquí Dios nos traza.
El pueblo está lejos,
la noche adelanta
y escucho las voces
del cielo que cantan:
«Hoy Dios dará al mundo
su Sol de Esperanza.»

JOSÉ. Sigamos, sigamos ya
nuestro camino, María.
Ese sueño es profecía
que pronto se cumplirá. (Vánse.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Valle extenso y agreste, en el que aparecen los pastores sentados alrededor de una hoguera.

Sobre el fuego un caldero que figura ser la comida. Donde mejor convenga una roca, que se abrirá á su tiempo.

ESCENA VII

ISAAC, REBECA, ESTHER, PASTORES, PASTORAS.

ISAAC. Muy fría es la noche.

REBECA. Sí,
y el horizonte está oscuro.

ISAAC. Soy ya viejo y aseguro
que nunca he visto otra así.
ESTHER. Suerte que el fuego convida
con su llama viva é inquieta.
ISAAC. Hija, cuando el frío aprieta
un buen fuego es media vida.
¿Y las migas?
REBECA. Por mi ver
están ya, tío.
ISAAC. A fe mía
que ahora yo me comería...
REBECA. Sólo piensas en comer.
ISAAC. ¿Hay cosa más positiva
ni de mejor paladar?
REBECA. Voy el caldero á sacar.
Aviva ese fuego, aviva. (A Esther.)
ISAAC. Idos todos acercando
en derredor de ese fuego
y dejemos para luego
penas que están acechando.
Rubén y Samuel, al corro
todavía no han venido.
REBECA. Algo les ha sucedido...
SAMUEL (dentro.) ¡Socorro...!
TODOS. ¡Es su voz...!
RUBEN (dentro.) ¡Socorro!
REBECA Pero ¿dónde están? (Levantándose todos.)
ISAAC. Sin duda,
algo les ocurre.
ESTHER. Sí.
La voz ha sonado allí.
Vayamos.
VOZ CERCA. ¡Socorro...! ¡Ayuda...!

ESCENA VIII

DICHOS.—SAMUEL, RUBÈN

(Estos vienen atados como quedaron en el cuadro anterior.)

REBECA. Ya están aquí...
RUBÈN. ¡Vaya un susto!
(Los pastores y pastoras los desatan.)
SAMUEL. ¡Muerto estoy...!
ISAAC. ¿Qué os ha pasado?
SAMUEL. Cosa que no me he explicado.

RUBEN. Pero que nos dió el gran susto.
SAMUEL. Vimos al demonio.
REBECA. ¡Ay, Dios!
RUBEN. Iba de hombre disfrazado.
SAMUEL. A nuestro Dios ha ultrajado.
Le reprendimos los dos.
Pero al momento brotaron
más demonios de la tierra,
y con prontitud que aterra
fuertemente nos ataron.
De nosotros se burlaban.
RUBEN. ¡Pero qué cuernos tenían...!
SAMUEL. ¡Y qué ojazos nos ponían!
RUBEN. ¡Y qué rabotes llevaban...!
TODOS. ¡Horror!
SAMUEL. Y hasta aquí los dos
como veis hemos llegado.
ISAAC. Ya que el daño ha terminado
démosle gracias á Dios.
(Se descubren todos un momento.)
Ahora á comer.
SAMUEL. Y á beber, (Coge la bota del vino.)
que es cosa muy principal.
No existe delicia igual
como esta que vais á ver. (Bebe un rato.)
REBECA. ¡Vamos, Samuel!
SAMUEL. ¡Eh!... ¿qué quieres?
REBECA. Que te enturbiarás...
SAMUEL. ¿De veras?
Pues, señor, qué majaderas
hizo Dios á las mujeres.
Tengo sed.
REBECA. Pues agua clara,
que es de eficacia notoria.
SAMUEL. Pues yo no guardo memoria
de esa eficacia tan rara.
Para la sed, vino viejo. (Bebe.)
RUBEN. Basta, que el néctar se agota.
Venga acá...
SAMUEL. ¿Pides la bota?
RUBEN. Claro está.
SAMUEL. Pues no la dejo. (Bebe otra vez.)
TODOS. ¡Ja, ja, ja...!
ISAAC. ¿Qué puede ser
aquella luz diamantina
que con su rayo ilumina

toda la torre de Ader?
Va creciendo el resplandor.

REBECA. Esa es luz de las más bellas.

ESTHER. Parece que las estrellas
han aumentado el fulgor.

(Ilumínase la escena. Melodía en la orquesta.)

SAMUEL. ¿Qué será?...

RUBEN. ¿No lo presumes?...

REBECA. Miro mil luces doradas.

ESTHER. Noto en el aire òleadas
de armonía y de perfumes.

SAMUEL. Rasga las nubes del cielo
un sér blanco cual la nieve.

ISAAC. Desciende rápido, breve,
y hacia aquí tiende su vuelo.

REBECA. Y se acerca; en derredor
descubro mil maravillas.

ISAAC. Compañeros, de rodillas,
que es un ángel del Señor.

(Todos se orrodillan, tomando diferentes actitudes. Abrese una roca y aparece el ANGEL GABRIEL, cuya figura debe estar iluminada por luz Drumont ó reflectores de acetileno. Melodía en la orquesta.)

ESCENA IX

DICHOS, EL ÁNGEL GABRIEL.

ANGEL. Pastores del valle,
sencillas pastoras,
yo os traigo la nueva
de dicha y de gloria.
Sabed que ha nacido
de Virgen hermosa,
el Hijo divino
de Dios; desde ahora,
por siempre el pecado
caerá en negra sombra,
y el cielo da al mundo
su luz prodigiosa.
Corred á su cuna,
pastores, pastoras,
pues nació en Belén
el Sol de la gloria.
El Dios á quien todos
humildes se postran.

(Ciérrase la roca; desaparece el Angel.)

ESCENA X

DICHOS, *menos el* ANGEL

ISAAC. Adorarle, bien lo dijo.
SAMUEL. También yo claro lo oí.
RUBEN. Adorarle, pues.
SAMUEL. Sí, sí,
porque de Dios es el Hijo.
REBECA. ¡Oh, portento!
ESTHER. Allá en la altura
se escucha celeste coro.
ISAAC. Que anuncia inmenso tesoro
de inacabable ventura.
Vendrán los felices días
de dulzura y de consuelo,
porque ya está sobre el suelo
el prometido Mesías.
SAMUEL. Pues, señor, no sé explicar
si siento alegría ó miedo;
mas lo que sí decir puedo
es que me siento abrasar.
Vamos á buscar al Niño.
ISAAC. Vamos todos á adorarle.
RUBEN. Cada cual ha de llevarle
una ofrenda de cariño.
ISAAC. Bien pensado. Yo, un cordero.
REBECA. Yo, queso.
ESTHER. Yo, confitura.
¿Y tú? (A Rubén.)
RUBEN. Ser pobre me apura.
Yo, lo que encuentre primero.
SAMUEL. Yo, la bota le daría
si el Niño beber supiera,
pero de cualquier manera
le mostraré mi alegría.
ISAAC. Loco estoy de la emoción
al ver escenas tan tiernas.
SAMUEL. A mí me bailan las piernas.
ISAAC. Pues empiece la función.
Haced sonar los panderos
con alegre algarabía,
y radiantes de alegría
bailen hasta los corderos.

MÚSICA

CORO *y baile pastoril*

CORO.

Cantemos, pastores,
con grato placer,
que el Rey de los Reyes
nació ya en Betlehem.
Su rostro hechicero
será un gran primor,
sus labios, corales,
sus ojos, el sol.

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La Adoración.

CUADRO PRIMERO [1]

Salón en el Palacio de Herodes. Donde mejor convenga un gran sillón de la época.

ESCENA PRIMERA

El CENTURIÓN *y algunos soldados, luego* HERODES.

CENTURIÓN. Prevenid las guardias todas
y en su puesto los soldados,
pues muy pronto va á llegar
aquí nuestro soberano,
y sabéis que le debemos
nuestra sumisión y acato;
los honores que nos mande
desde su asiento el romano,
y el fiel afecto que al rey
debe todo buen vasallo.

(Suena un clarín.)

La señal... El Rey se acerca,
dad plaza libre á su paso.

(HERODES aparece con paso lento, mira á todas partes y luego se sienta en el sillón.)

CENTURIÓN, haciendo profunda reverencia

Señor, como dispusiste,

---

(1) En los teatros en que sea difícil presentar este cuadro, puede suprimirse, empezando el acto por el cuadro siguiente.

he visto á aquellos magnates
que de remotas regiones
llegaron ayer al valle.

HERODES. Se dice que son astrólogos.

CENTURIÓN. Y reyes, y en torno traen
numerosa comitiva
que viste valiosos trajes.
Montan soberbios camellos,
llevan también elefantes,
en cuyos lomos descansan
grandes cargas de equipaje.

HERODES. ¿Qué objeto les trae...?

CENTURIÓN. Preguntan,
sin embozo y sin ambajes,
por el Rey reciénnacido,
por el grande entre los grandes.

HERODES. Y ¿por qué se han dirigido
hacia aquí?

CENTURIÓN. Porque les trae
guiando desde el Oriente
una estrella muy brillante,
cuyo fulgor se ha eclipsado
en el fondo de este valle.
Esta extraña circunstancia
creer muy firmes les hace
que èl lugar del Nacimiento
es aquí.

HERODES. Pasmoso lance.
He juntado á los Rabinos
y otros sabios, y al instante
me han dado fiel testimonio
de ese suceso tan grande.
Afirman que ha de nacer
cerca de aquí, mas no saben
á punto fijo el lugar.
Duda es esta que me abate
cuando miro que en el cielo
un astro luciente sale,
que esos reyes interpretan
de modo tan alarmante
para mí.

CENTURIÓN. Les he invitado
y vendrán á visitarte
muy pronto.

HERODES. Bien, Centurión.
Es preciso agasajarles,

recibirles en la corte
como sienta á su linaje.
Y ellos tal vez me descubran
lo que mis sabios no saben
aclarar, sobre ese Rey
que nacido ha de usurparme
el trono. Pronto, que vengan,
porque espero aquí anhelante.
(Váse el Centurión.)

ESCENA II

HERODES.

Mis sabios y doctores he reunido.
«El cielo, dicen, brillará esplendente,
»el Dios Mesías nacerá triunfante,
»le honrarán las naciones y los reyes.»
¿Y en dónde nacerá...? ¿Cuál es su alcazar?
¿Y cuándo ha de nacer...? Misterio es este
que ofusca mi razón... que la extravía
y en mi pecho mil dudas establece.
¿Habrá nacido ya...? ¿Mas cómo, en dónde?
¿Está en Jerusalem? ¿Le tengo enfrente
de mi propio palacio, y el momento
audaz espera, porque entrar pretende?
(Suenan clarines.)
¡Los Mayos llegan...! A su idea siento
frío en el corazón, fuego en la frente.
¡Oleadas de furor mi sér invaden...!
¡La cólera mis nervios estremece...!
¡Está pronta á estallar...! Pero prudencia.
¡Presentarles sabré la faz sonriente!

ESCENA III

(Marcha triunfal en la orquesta. Aparecen los Reyes GASPAR, MELCHOR y BALTASAR, precedidos y seguidos de regia comitiva; soldados y esclavos, cuya indumentaria queda á cargo de los directores de escena, según los elementos de que se disponga.)

HERODES, GASPAR, MELCHOR, BALTASAR, CENTURIÓN, *corte, soldados y esclavos.*

GASPAR. Salud, egregio Rey.
HERODES. Salud disfruten
los ilustres viajeros que aquí llegan.

GASPAR. Dejando el suelo que el risueño Tigris
eternamente caudaloso riega,
trocando las dulzuras de un palacio
por jornadas penosas siempre inciertas,
á tus estados, señor, nos dirigimos,
Gaspar, (Saludando.)
MELCHOR. Melchor (Id.)
BALTASAR. y Baltasar. (Id.)
HERODES. Bien sean
albergados tan ínclitos monarcas
que honrando están esta morada egregia.
GASPAR. La Magodia dejando...
MELCHOR. Y de la Arabia
el perfumado ambiente que embelesa.
BALTASAR. Y el rico alcazar que atrevido yergue
hasta el cielo sus torres en la Persia.
GASPAR. Sin vacilar ni un punto, despreciamos
las fatigas sin fin que se presentan.
HERODES. ¿Y qué asunto os obliga?
GASPAR. En pos venimos
de un astro nunca visto, de una estrella
que según conocidas profecías
anuncia al mundo muy felices nuevas.
HERODES. ¿Cuáles son?
GASPAR. La venida del Mesías,
ese Rey que anunciaron los profetas.
HERODES. ¡Un Rey decís...! ¿Un Rey? (Contrariado.)
BALTASAR. Un Rey de reyes.
HERODES. (Aparte.) (¡Maldición! ¡Oh, mi espíritu subleva
tal anuncio!) Y decís que en el Oriente
un astro apareció...?
GASPAR. De luz muy bella,
que guiando nuestra ruta hasta aquí vino.
HERODES. ¿Hasta aquí...? ¿Dónde está?
GASPAR. ¡Triste ocurrencia!
Veló su luz en el oscuro cielo,
y de entonces, señor, vamos á ciegas.
Nada aquí nos indica el regocijo
que tal suceso producir debiera.
Nada que nos indique la morada
de ese Niño, Señor de cielo y tierra.
HERODES. Y esa estrella, decid, ¿cuánto ha la visteis?
MELCHOR. Doce días cumplidos.
HERODES. ¿Y esta tierra
decís que os indicó...?
BALTASAR. Muy claramente.

HERODES. ¿Luego es aquí el lugar?
BALTASAR. Tal vez lo sea.
Ayúdanos, señor, si es que tus sabios
iniciado te han en esta nueva.
HERODES. Mis doctores reuní...
GASPAR. Y bien, ¿qué opinan?
HERODES. Que ese Rey que decís está muy cerca.
GASPAR. ¿Y dónde ha de nacer?
HERODES. Según sus juicios,
en tierra de Judá.
GASPAR. ¡Oh gloria eterna!
Bendiga Dios, señor, cuantos favores
has prestado, sincero, á nuestra empresa.
Prosigamos, hermanos, el camino.
HERODES. No tan presto, tened calma y prudencia.
Un hecho tan excelso, más exige
claridades mayores, aún más pruebas.
¿Y si el error quizá...?
GASPAR. Nos basta, Herodes.
Partamos.
HERODES. Antes aceptad mi mesa.
Un albergue en palacio.
GASPAR. Agradecemos
tus obsequios, señor, y tus finezas;
pero un móvil secreto nos impulsa
á seguir sin descanso la carrera.
HERODES. Partid, si así cumple á vuestro gusto.
Y cuando hallado le hayais, la grata nueva
mandádmela á decir, pues adorarle
quiero sumiso en su morada egregia.
GASPAR. Cumplido quedarás.
HERODES. ¡Paso á los Reyes,
y pueblo y corte su respeto ofrezca!

(Música. Va desapareciendo el cortejo por donde entró. Herodes cumplimenta á los reyes.)

ESCENA IV

HERODES.

Ya se alejan los Magos, ya se alejan
radiantes de esperanza y de alegría,
mientras conmigo dejan
el fiero batallar del alma mía.
Ya se alejan, se alejan; es preciso
que mi gente leal siga su paso

y venga pronta para darme aviso
si esa estrella fatal llega á su ocaso.
Y si encuentro el lugar del Nacimiento,
por la corona que en mi frente ciño,
haré que en el momento
la muerte den al Niño
para evitar así mi cruel tormento. (Vase.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Selva.

ESCENA V

ISAAC, SAMUEL, REBECA, ESTHER, *pastores, pastoras, todos con regalos para el Niño, otros con panderos.*

TODOS. ¡Venga otra copla, otra copla!
SAMUEL. Hay bastantes coplas ya,
tengo el gaznate muy seco.
REBECA. Samuel, no te hagas rogar.
PASTORAS. ¡Sí, sí, que cante!...
SAMUEL. ¡Silencio!

MÚSICA

SAMUEL. Dos cosas en el mundo
quitan la pena:
la conciencia tranquila,
la bota llena.
Y es lo mejor
ser hombre muy honrado
y buen bebedor.
CORO. Y es lo mejor... etc.
SAMUEL. Vamos alegres todos,
vamos de prisa,
que cerca está el instante
de las delicias.
Pues aunque indigno,
quiero ser el primero
que adore al Niño.
CORO. Pues aunque indigno... etc.

HABLADO

ISAAC. Ahora en marcha hacia Betlehem.
Basta de descanso ya.
(Empiezan á marchar los hombres.)
REBECA. Vamos á ver á ese Niño
que anhelo en breve adorar.
Samuel delante.
SAMUEL. Me quedo
y te prometo llegar
antes que todos. Conozco
caminos que me darán
gran avance en la jornada.
ESTHER. ¡Cómo...! ¿Te quedas...?
SAMUEL. Marchad,
que quiero ir solo, muy solo,
y así caminaré en paz.
REBECA. Hasta luego.
SAMUEL. Hasta Betlehem.
ESTHER. Mal humor tiene el zagal.
(Vánse los pastores.)

ESCENA VI

SAMUEL. *Luego* RUBÈN.

SAMUEL. Gracias á Dios que se fueron.
Pues si me descuido un poco
me vuelven del todo loco
con las coplas que pidieron.
Mas yo no dí paso atrás,
y por fin ya me han dejado.
Las mujeres... es probado,
son el mismo Satanás.
(Se sienta en una roca ó tronco; y si no lo hay, en el suelo.)
RUBEN. ¡Ay Samuel! (Así como azorado.)
SAMUEL. ¿Vienes cansado?
Siéntate y descansaremos.
RUBEN. Precisa que nos marchemos
de aquí; estoy asustado.
SAMUEL. ¿Qué te pasa?
RUBEN. Ví venir
un bulto hacia mi derecho;
pero al llegar se ha desheeho
sin alejarse ni huir.

Brilló una llama rojiza,
y luego un denso vapor
lo llenó todo alrededor.
SAMUEL. ¡Atiza á mentir, atiza!
RUBEN. ¡Mentir...! Si visto lo hubieras
cual yo lo ví... ¡Desatino!
Te mueres por el camino.
SAMUEL. Rubén, tú siempre exageras.
RUBÈN. No, Samuel, que bien lo ví.
SAMUEL. Verse el asunto merece,
y lo veré si se ofrece.
RUBEN. Samuel, vámonos de aquí.
SAMUEL. Espérate otro poquito
porque la prisa no es tanta.
RUBEN. Vámonos, hombre, levanta.
SAMUEL. Bien descansar necesito.
RUBEN. ¿Y no te levantas?
SAMUEL. No.
Me quedo.
RUBEN. (Asustado.) Por la gayomba
se acerca el bulto.
SAMUEL. ¡Zambomba!
¡Es verdad! (Levantándose de un salto.)
RUBÈN. (Se levantó.) (Aparte.)
Huyamos.
SAMUEL. Será mejor
que hagamos frente á quien sea.
RUBÈN. Peliaguda es la tarea.
SAMUEL. Pero huir aún es peor.
RUBEN. ¿Y qué hemos de hacer?
SAMUEL. Veremos.
por el pronto agáchate.
Yo en tus hombros me pondré
y un gigante formaremos.
(Samuel sube sobre las espaldas de Rubén.)

ESCENA VII

DICHOS.—SATANÁS, *embozado.*

RUBÈN. ¡Viene!
SATANÁS. ¿Quién va?
SAMUEL. (Aparte á Rubén.) (No te asombres.)
RUBEN. (Habla tú que yo no puedo.
SATANÁS. Quién va, digo.
SAMUEL. Pues un miedo

que llevan dos medios hombres.
SATANÁS. ¿Dos medios? No sé explicar...
De tal fenómeno dudo.
SAMUEL. Yo lo explico... el uno es mudo
y el otro no puede andar.
Si nos dijeras tu gracia.
SATANÁS. (Quitándose el embozo.) Satanás, rey del infierno.
RUBEN. ¡Dios me valga!
SAMUEL. ¡Dios eterno!
(Dando los dos un salto de espanto.)
SATANÁS. ¡Vengaré vuestra falàcia.
¡Miserables burladoresl
RUBÈN. ¡Ay! ¡ay!
SAMUEL. (Le dimos enojos.)
RUBEN. (Nos mira.) (Asustado.)
SAMUEL. (Y con esos ojos
que me dan estos temblores.)
SATANÁS. Vas al punto á contestar...
SAMUEL. Soy mudo y háblar no sé...
SATANÁS. Venid acá... si no...
RUBÈN. ¿Qué?
De miedo no puedo andar.
(Tú tienes la culpa de esto.) (Aparte á Samuel.)
SAMUEL. ¿Que tengo la culpa?
RUBÈN. Sí,
de haberte atascado aquí
cuando te dije de huir presto.
SATANÁS. Por vuestra condenación
venid.
SAMUEL. (Que vaya su padre.)
RUBEN. Es verdad.
SATANÁS. Pues mal que os cuadre
me daréis contestación. (Acercándose amenazador.)
RUBEN. }
SAMUEL. } ¡Ay!
RUBÈN. ¿Qué quieres de nosotros?
SATANÁS. Yo sé que vuestro cariño
os lleva á adorar á un Niño.
Voy rato ha tras de vosotros.
Nada hay que á mi voz resista.
El camino hais de indicar.
SAMUEL. Aquel... (Indicando un lado de la escena.)
(Satanás busca sin encontrar.)
RUBEN. (No acierta á encontrar.)
SAMUEL. (Debe ser corto de vista.)
SATANÁS. No lo encuentro... ¿Dónde está? (Furioso.)

Un velo mi vista ofusca.
SAMUEL. (Rubén, mientras él lo busca
huyamos.)
SATANÁS. (Cogiéndolos del cuello.) Venid acá.
Traidores me sois los dos.
RUBEN. ¡Socorro...!
SATANÁS. ¡No habrá clemencia!
RUBEN. ¡Favor, justa Providencia!
SAMUEL. ¡Auxilio, potente Dios!

(Oyese un coro interior de ángeles. Satanás al oirlo se abisma, soltando á los dos pastores, que huyen.)

MÚSICA

La tierra se alegra,
lo quiere así el cielo.
Huyen las tinieblas,
bendito es el suelo.

ESCENA VIII

SATANÁS

La tierra empieza á alegrarse
y las tinieblas á huir;
esas voces de la altura,
¿por qué se han dejado oir?
El cielo me vence firme,
el canto llega hasta mí,
como el eco de un misterio
que yo no sé definir.
Mas lucharé, tengo alientos
y sabré vencer al fin.
MIGUEL. (Apareciendo.) Satán, es vana tu lucha,
es necio tu orgullo vil.

(Satanás, al ver á Miguel, cae aterrado en el suelo.)

ESCENA IX

MIGUEL.—SATANÁS.

MIGUEL. Por siempre queda abatido
ya tu poder infernal:
arcángel negro del mal,
queda por siempre vencido.
SATANÁS. Si Dios me arrojó del cielo

y en negro abismo me encierra,
¿por qué no deja la tierra
á voluntad de mi anhelo.
Yo era el ángel más hermoso,
contra El quise rebelarme,
y él decretó sepultarme
en el antro pavoroso.
Luego torturarme quiso
y hacer mi mal más profundo,
y creó el mundo, este mundo
que es reflejo del paraíso.
De su imagen, semejanza
puso al hombre acá en la tierra.
Yo le declaré la guerra,
luchando con esperanza.
Y para robar su gloria,
un día inventé el pecado...
¿Por qué, si tanto he luchado
hoy me quitan la victoria?

MIGUEL. Porque el poder sin segundo
de Dios castiga tu anhelo.
Ayer te arrojó del cielo
y hoy te arroja de este mundo.
Y por dejar abatido
tu orgulloso y necio sér,
no ya Dios... una mujer
es quien por Él te ha vencido.

SATANÁS. Yo de la victoria en pos
correré, aunque no te cuadre.

MIGUEL. ¡Luzbel!... La Virgen es Madre!
¡Mira la cuna de Dios!

MUTACIÓN

El Portal de Betlehem.

ESCENA X

LA VIRGEN MARÍA, SAN JOSÉ *y el* NIÑO. *A un lado el Angel* GABRIEL. *En el proscenio queda* SAN MIGUEL *en actitud solemne.* SATANÁS *cae al suelo humillado. Mientras hablan éste y* SAN MIGUEL, *óyese un coro interior de ángeles.*

MÚSICA

Coro interior de ángeles

¡Gloria á Dios en las alturas
por toda la Eternidad,

y tenga sobre la tierra
el hombre salud y paz.

(Hablado durante el coro.)

SATANÁS. Ya estoy vencido, humillado,
y aunque levantarme intento,
sobre mi cabeza siento
el peso vil del pecado.
Yo confieso en mi dolor
de Dios la potencia eterna.
¡Abre, infierno la caverna
y recibe á tu señor!

(Vase por escotillón, y si no lo hay, por cualquier lado.)

ESCENA XI

DICHOS, *menos* SATANÁS

MIGUEL. (arrodillándose) ¡Dios!... Vencedor de esta guerra;
yo os aclamo eternamente
por Señor omnipotente,
por Rey de cielos y tierra.
GABRIEL. Salve, Jesús, celestial,
sol de pura trasparencia,
con tu santa omnipotencia
has redimido al mortal.
Cante todo en tu loor,
sonría el orbe á porfía.
MIGUEL. Y que luzca en este día
toda una aurora de amor.

(La música del coro interior toma el tono de alegre pastorela que canta el coro de pastores que aparece con los presentes para el Niño.)

ESCENA XII

DICHOS, SAMUEL, ISAAC, RUBÈN, REBECA, ESTHER, *pastores y pastoras.*

MÚSICA

Coro de pastores

Corramos, pastores,
con grato placer,
y á Cristo adoremos
que vimos nacer.

Y humildes presentes,
emblema de amor,
al punto ofrezcamos
á Dios Redentor

HABLADO

ISAAC. Me dice un presentimiento
que este debe ser el sitio.
REBECA. Humilde albergue.
ISAAC. Mirad, (Con alegría.)
pastores, con regocijo.
Aquí está el Hijo de Dios,
adorémosle sumisos.
REBECA. ¡Calla, calla, si es María!
SAMUEL. Y José...
JOSÉ. Sí, amigos míos.
MARÍA. Hemos venido á cumplir
de Dios los altos designios.
ESTHER. ¡Quién lo dijera!...
ISAAC. Empezad
á mostrar vuestro cariño.

(Los pastores van ofreciendo los presentes, dejándolos á los pies de la Sagrada Familia.)

REBECA. Yo, señor, queso os ofrezco.
ESTHER. Yo os presento confitura.
ISAAC. Yo para vos he traído
este tierno recental.
RUBEN. Perdonadme la pobreza
de este tarro de miel pura.
SAMUEL. Pues yo os entrego el cayado
porque no poseo más.

(Los demás pastores y pastoras van ofreciendo presentes, mientras María dice:)

MARÍA. Dios agradece, pastores,
vuestros obsequios sencillos.
Adoradle, y no olvidéis
que entre todos habéis sido
los primeros que humanado
le habéis en la tierra visto.
Sed buenos en vuestra vida,
pagando su amor propicio,
y Él os colmará de gracias
y de bienes infinitos.
ISAAC. Amigos, puesto que estamos
aquí alegres y reunidos,

me parece muy del caso
que festejemos al Niño.

SAMUEL. ¡Bien pensado!... Mucha danza
y mucha alegría. He dicho.

MÚSICA

Baile pastoril.

Nota.—En los teatros que no se disponga de local ó personal suficiente puede suprimirse el *Baile*, y después del recitado de la Virgen aparecerán los Reyes que se expresan en la escena siguiente.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, *los* REYES MAGOS *con toda la comitiva quedan un momento suspensos en el lugar donde aparecen.*

ESTHER. ¡Cuánta gente!

ISAAC. No te asombres,
Esther.

SAMUEL. ¡Qué trajes tan ricos!
Deben ser muy señorones
los que así vienen vestidos.

(Aparece la estrella que guía á los Magos y se para sobre el Portal. GASPAR se adelanta.)

GASPAR. Entrad por aquí, la Estrella
que guía nuestro camino,
sobre este humilde portal
paróse... ¡Cielos, que miro!
Un hombre... y una mujer
de aspecto muy peregrino
postrados, y esos pastores
están adorando á un Niño.
Allí hay ofrendas... ¡Es Él!
Decid, decid, pastorcillos,
¿el Niño que allí dormita
es tal vez...?

ISAAC. De Dios el Hijo.
El que la tierra esperaba,
el Mesías prometido.
Allí su Padre y su Madre
lo contemplan con cariño.
Un ángel nos ha explicado
tan asombroso prodigio.

GASPAR. ¡Oh sí, es Él!... ¡Le reconozco!
Mi corazón no ha mentido.

De rodillas, humillaos (A los suyos.)
al Señor de lo infinito.

(Se arrodillan en sitio conveniente. La comitiva hace lo mismo en sitio algo separado.)

GASPAR. Luz de los cielos esplendente y pura,
Rey de los mundos y Señor del orbe
que por el hombre á padecer desciendes.
¡Salve á tu nombre!

MELCHOR. Deja que humildes y de amor henchidos
estos tres Magos á tus pies se postren
y agradecidos á tu amor divino
fieles te adoren.

BALTASAR. Deja que pongan las plantas sacras
del que por su virtud es Dios y Hombre,
oro, mirra é incienso, que resumen
nuestros amores.

(Depositan los dones á los pies del Niño. Se levantan luego.)

GASPAR. Aceptad, ¡oh Señora! Madre Virgen,
y vos, santo varón, preclaro y noble,
este amor sin segundo, cuyo emblema
son nuestros dones.

(Pausa corta. Inclinación de José y María en señal de gratitud.)

MIGUEL (Adelantándose.) El Rey divino, con bondad sin tasa,
los presentes de amor benigno acoge,
y á Pastores y Reyes hoy envía
mil bendiciones.
¡Gloria á vosotros que la estancia pura
llenáis con ese amor, como las flores
con perfumes de mística ambrosía
llenan el orbe!
¡Gloria á Dios en la altura! ¡Gloria, gloria!
Reine paz en el mundo para el hombre,
y del cielo desciendan á sus ojos
los resplandores!

(Apoteosis final de gloria, que dejamos al gusto del director de escena, según las condiciones del local. Grupos de ángeles pueblan la escena formando cuadro.)

MÚSICA

Coro general

Rey de los siglos,
Dios inmortal,
Gloria á tu nombre,
Gloria eternal.

FIN

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Por error involuntario, en la página 25, línea 21 no aparece el nombre de *Miguel,* que debe ser el personaje que diga estos versos.

Aunque el criterio de los actores subsanará esta falta. hacemos esta advertencia para mayor claridad.